

EDITORIAL

PASO A LA COOPERACION

“Se deben conservar y promover en armonía con el bien común y en el ámbito de las posibilidades técnicas la empresa artesana, la empresa agrícola de dimensiones familiares y también la empresa cooperativa, incluso como integración de las dos precedentes.”

Estas palabras de la Mater et Magistra nos impulsan a volver los ojos, en este editorial, hacia la empresa cooperativa y la cooperación en sus múltiples formas; ese testimonio de autoridad y la circunstancia de haberse celebrado recientemente en Madrid la Asamblea de Cooperativas, con asistencia de varios centenares de asambleístas nacionales y extranjeros. Han estudiado en densas ponencias los cuatro aspectos básicos: Ordenamiento jurídico.—Plan de expansión económica.—Formación cooperativa.—Crédito cooperativo.

Nuestro actual momento cooperativo tiene su importancia. Contamos con algo más de 9.000 Cooperativas, casi dos millones de asociados y once millones y medio de beneficiarios, con una valoración patrimonial de 3.700 millones de pesetas.

El desglose de estas cifras nos indicarían, sin más, en qué sectores flojea aún nuestro sistema cooperativista: las Cooperativas agrícolas son 6.214 y 1.239.472 sus asociados; las de consumo son 983, con 258.575 familias; las industriales suman 1.109 entidades, con 73.502 asociados; las del mar, 164 y 29.547; las de crédito, 183, con 32.102 asociados; finalmente las viviendas en régimen cooperativo cuentan con 658 cooperativas de viviendas, con 37.622 asociados. Y aún cabe mencionar las de artesanía. No podemos, en justicia, afirmar que

se trata de movimientos nuevos en España. Sin remontarnos a épocas anteriores, a primeros de siglo el P. Antonio Vicente publicaba su libro Cooperativismo Católico, destinado a la vulgarización de la doctrina y acción cooperativa, especialmente las de consumo. Pretende, sobre todo, aleccionar al clero y a los miembros de las Escuelas de Perfección. Hablando concretamente de los sacerdotes, dice: "Si se van multiplicando las cooperativas de consumo se debe a los celosos e inteligentes curas párrocos y sacerdotes que en ello me han ayudado."

Reconociendo la necesidad de dirigentes cooperativistas, bien hizo en fiarse de la eficacia de los sacerdotes. La historia del movimiento navarro, castellano y levantino es una muestra palmaria de lo que el clero realizó en este aspecto.

El mismo autor, viendo la necesidad de elevar al asalariado, no lo creía posible "mientras el cooperativismo no suceda al capitalismo... fomentando Cooperativas de crédito personal, Cajas Raiffeisen, Cooperativas de producción..."

Sin duda, por ese impulso primero, y por la acción de hombres de fe en las cooperativas, la Confederación Nacional Católico-Agraria llegó a agrupar 39 Federaciones, con 233.066 familias campesinas, con unas imposiciones en las Cajas Rurales que excedían los 150 millones de pesetas, y con una cantidad parecida prestada, en metálico o créditos.

Los tiempos actuales, con ese "multiplicarse de las relaciones de convivencia, con diversas formas de vida y de actividad asociada" (Mater et M.); con ese abrirse, en gran parte, las fronteras, roto un proteccionismo bajo el cual ampararse frente a la competencia; ante esa preocupación de aportar soluciones positivas frente a críticas demoleadoras, pero sin aportación de luz orientadora..., imponen la reflexión y el volver los ojos hacia formas que, precisamente por no nacer ahora, serenan y evidencian que no se trata de un sueño de ilusos y de jugar a novedad peligrosa. Lo que no había ocurrido con documentos anteriores, al menos en este grado, se da en este actualísimo de Juan XXIII: al querer señalar formas concretas de elevar la suerte sobre todo de los económicamente débiles, subraya re-

petidas veces la de la cooperación. Tal vez sea una necesidad de pensar más seria y eficazmente en el Cooperativismo, buscando la fuerza de la unión, el tener que enfrentarnos con técnicas y capitales más fuertes de más allá de las fronteras.

Cuando hizo su acto de presencia la máquina, y se montó la gran industria, y se desarrolló el comercio a lo grande, no bastando los capitales individuales, cayeron viejas fórmulas económicas para dar paso a una nueva, la que unía, con el solo ánimo de lucro, capital con capital. Y el mando pasó al dinero, a las acciones, al oro. Hubo trastueque de valores; y tuvo que resquebrajarse el muro del orden social; y se multiplicaron los "proletarios": grandes capitales en pocas manos; y muchas manos vacías en absoluto de dinero. De ahí que la doctrina social católica, desde los tiempos de León XIII, clame por una mayor difusión de la propiedad.

Pero sin el peligro que supondría el dinero disperso en muchas manos; buscando la asociación de personas que, teniendo como instrumento al capital, ponga de relieve valores humanos haciendo frente a las exigencias de estos tiempos de ritmo acelerado en el progreso económico.

Sin embargo, no todo es color de rosa ni será camino llano y trillado, a juzgar por la experiencia. Los que saben de la vida, de esta vida, van dejando señales de peligro allí donde tal vez su santa audacia les hizo tropezar: falta de recursos materiales para echar andar con cierto desahogo; falta de dirigentes preparados profesional y moralmente; falta de desprendimiento de la idea de lucro, con una como obsesión de ganancias que pesa en el ambiente; falta de constancia; falta de prudencia con sobra de audacia.

Por eso invitamos a seguir reflexionando:

No nos han faltado ni nos faltan cooperativas. No se puede hablar de que estén en pañales, que necesitan "arrullo de cuna"; pero sí de cooperativismo "de corto alcance", como lo califica uno de nuestros buenos tratadistas, en el que juzga que hemos perdido muchos años. Tal vez "por cierta estrechez de miras y falta de ambiciones o de energías para realizarlas".

Se ha vivido como con miedo de darse a conocer; con un

localismo que teme hacer mal papel asociándose fanfarronamente a la vida nacional; con miedo a meter ruido y con recelo de aldeano que se mueve a disgusto por planos más allá de sus linderos, como si fuera terreno que falla a su paso. Y se propone más aire regional y nacional, con Estatutos de Cooperativa Nacional; más organización para tener más potencia.

¿Que ha faltado un aliento y protección por los obligados al servicio de una elevada política? Puede; pero estamos en movimiento de apoyo legal, de colaboración efectiva de una Organización pujante, como la Sindical; de unos instrumentos adecuados, como las Uniones. ¿Por qué no han prosperado más?

El apoyo está justificado: "La acción de los poderes públicos en favor de los artesanos y los socios de las cooperativas halla su justificación en el hecho de que esas categorías son portadoras de valores humanos genuinos y contribuyen al progreso de la cultura" (M. et Magistra). Por lo tanto, no sólo fría protección legal, sino palpable concesión de créditos, etc., que permita confiar más persuasivamente en las ventajas de esta forma de vida.

Como toda organización, para que ésta prospere tiene que enraizar en hondas convicciones que hagan profundizarlo ante la persuasión de su conveniencia; más de su necesidad. Que no se lleve a cuestras como carga o como solución que se ha impuesto, sino que brote de abajo arriba; no como imposición de un "paternalismo" providente, sino como fruto de una petición, más o menos clamorosa, pero sincera, que llevará a una defensa cerrada en momentos de prueba y de peligro.

S. S. Juan XXIII apunta otra razón de peso: "Ante todo hay que hacer notar que ambas empresas —artesana y cooperativa—, para ser vitales, deben incesantemente ajustarse en las estructuras, en el funcionamiento y en la producción a las situaciones siempre nuevas, determinadas por los progresos de las ciencias y de las técnicas; y también a las mudables exigencias y preferencias de los consumidores, acción de reajuste que debe ser realizada, en primer lugar, por los propios artesanos y los propios miembros de la cooperativa."

Como comentario, una sola pregunta: los Gremios, glorio-

sos en sus siglos de esplendor, ¿murieron sólo por golpe de la ley de Chapelier y las Cortes de Cádiz, o llevaban en su interior el fallo de la falta de respuesta a la exigencia de los tiempos?

La Mater et Magistra recurre, casi a la continua, a la responsabilidad de cuantos, en grande o pequeño grado, se mueven en el terreno de la vida social: estadistas, empresarios, labradores, obreros, habitantes de los pueblos subdesarrollados. De ellos tiene que salir el apoyo, tienen que hacer sentir que lo piden convencidos y que responderán —con luz en el entendimiento y empuje en la voluntad— ante las coyunturas difíciles para sacar la cooperación adelante. Concretamente, al hablar de las cooperativas las señala “como una de las posibles estructuras de un sistema económico que responden mejor a la dignidad de los hombres y son más idóneas para desarrollar en ellos el sentido de responsabilidad”.

Con esto apuntamos otra idea de la Mater et Magistra: “Para este objeto es necesario que unos y otros tengan buena formación en el aspecto técnico y el humano y estén profesionalmente organizados.” ¡Qué frecuente es la queja de que faltan hombres! Faltan cooperadores formados y saturados de espíritu cooperativista. En la industria más aún, tal vez con postura de desprecio por lo siguiente: el capital es instrumento necesario para el trabajo, ordenado y supeditado a él; la Iglesia, en su doctrina social, ha insistido en esto, persuadida de que no se pueden invertir los términos sin grave quebranto social... Pero el capital, sintiéndose fuerte, se ha visto señor y dueño y ha desdenado formas y estructuras en las que dejaría de ser lo que le gusta ser.

Tal vez la forma de convicción más eficaz para los adinerados corra a cargo de la Providencia: que peligra el régimen en que se apoyan; que la omnipotencia muestra resquebrajaduras en sus muros de defensa... Hay que hablarles de que esos aspectos “técnicos y humanos” que envuelven la cooperación no es dar limosna al harapiento, renunciando al dinero y su interés de la formación cooperativa, en sus fines, sus medios, su dignidad... y también airear el noble pensamiento de Pío XI en la Q. A. sobre el empleo del dinero a lo grande por la magni-

ficencia; esto, sobre todo, para los que no se aquietan sino con sueños de grandeza.

El Papa pide adecuada formación "técnica". No todos la pueden adquirir, al menos en grado eminente; pero sí los "maiores", los intelectualmente mejor dotados y en ambiente social y económico, que les permite trabajar con los talentos. En la Encíclica se pide sentir la vocación del campo para vivir entregados a él, sin añorar lo vago e inconcreto de la ciudad; vocación de entrega a una técnica tan importante mirando al bien común, otra de las preocupaciones volcadas a la continua en el Documento Pontificio. Hombres de valer intelectual, bien formados en la teoría, viviendo con espíritu de adelantados la misión del cooperativismo.

No bastan sinceros deseos de un grupo de adelantados, no basta que escriban y planeen concienzudamente, manejando estadísticas y calando en la vida de las Cooperativas más allá de las fronteras. Hace falta ganar adeptos por convicción; persuadir, sin sombra de recelo, a los beneficiarios. En este caso, con la historia en la mano para demostrar que no es novedad peligrosa, que es teoría defendida por la Iglesia y práctica que frecuentemente ha llevado a cabo por su clero.

Para todos, en un traslado no torturado de conceptos, las palabras oportunas de Juan XXIII a los labradores: "Los trabajadores de la tierra deben sentirse solidarios los unos de los otros y colaborar para dar vida a iniciativas cooperativas..., para beneficiarse en la producción de los progresos científico-técnicos...; para ponerse en plano de igualdad frente a las categorías económico-profesionales de los otros sectores productivos, ordinariamente organizados; para poder hacer llegar su voz al campo político y a los órganos de la administración pública —las voces aisladas casi nunca tienen hoy posibilidad de hacerse oír y mucho menos de hacerse escuchar."